

# FILOSOFIA E IDEOLOGIA EN EL PERU Y AMERICA LATINA

María Luisa Rivara de Tuesta

Entendemos que el término Filosofía, en sentido estricto, está referido a una forma de pensamiento surgido en las colonias griegas de Jonia, forma de meditación que ha guiado al Viejo Mundo en el desarrollo de su cultura y de su historia, constituyéndose en el fundamento de su civilización.

Vista desde esta perspectiva, la filosofía es un conocimiento que ha servido de guía a la conducta del hombre occidental. En otras palabras, no ha sido mera teoría, ni saber abstracto, desinteresado, sino que ha venido proporcionando determinados principios racionales que han servido de fundamentación para su desenvolvimiento histórico.

En lo que al Nuevo Mundo se refiere, cabe hacer una distinción entre el pensamiento anterior a la conquista española y el pensamiento posterior, que podríamos llamar occidental-americano, ya que es, sin lugar a dudas, una proyección de ese pensamiento. El pensamiento anterior a la conquista española, concepción sui-géneris, desarrollado principalmente por las culturas Inca, Maya y Azteca, constituye inquietante tema de investigación para historiadores, etnólogos, antropólogos, sociólogos, etc., que encuentran en las masas que han permanecido casi al margen de la cultura occidental las proyecciones de esas antiguas estructuras de pensamiento. En la medida en que se profundiza en el estudio del pensamiento pre-hispánico, más se afirma que nuestra secuencia filosófica tiene sus gérmenes primigénios de meditación en el enfrentamiento de estructuras culturales y valorativas de índole diferente.

Y es que con motivo del descubrimiento del Nuevo Mundo se superpone al mundo indígena el mundo occidental. América es incorporada, a través de España, a Occidente. Sin discusiones y sin poner en

tela de juicio las posibilidades de la implantación de la cultura y los valores desarrollados en Europa, se inicia el fenómeno de la transculturación.

Con el transfondo de la problemática indígena se inicia nuestro proceso de transculturación occidental. La filosofía, elemento fundamental de la cultura y la civilización europea, es trasladada a América. Se inicia así el proceso histórico de la Filosofía Latinoamericana, es decir, el de la secuencia histórica de las filosofías que en Latinoamérica se han ido sucediendo desde esa incorporación al mundo occidental, y que indudablemente se constituye en la base y punto de **partida** de todo estudio que pretende un cabal conocimiento de nuestro quehacer filosófico. Desde la Filosofía Escolástica, hasta las múltiples expresiones actuales de la Filosofía occidental, pasando por la Filosofía Moderna, la Filosofía Romántica, el Positivismo y el Spencerismo, la Filosofía Espiritualista de corte Bergsoniano -que a su vez se constituyen en las grandes etapas de nuestro desenvolvimiento filosófico- llevamos ya una secuencia ininterrumpida de cuatro siglos y medio de ejercicio filosófico, cuya característica más reveladora es la ausencia de creatividad, acusando así nuestra filosofía más bien un carácter imitativo. Pero si bien es cierto que nuestra “Filosofía” en sentido estricto, es decir, referida a la construcción de grandes sistemas filosóficos y al hecho de que no se hayan dado eminentes y caracterizados filósofos, no ha tenido carácter creativo y más bien sí imitativo, ha servido de fundamento a los pensadores, que inspirados, justamente, por esos sistemas o esos filósofos, procuraron hacer válidas esas filosofías aplicándolas reflexivamente a determinadas realidades coyunturales históricas a fin de superarlas. Si la actitud estrictamente filosófica se desarrolló sobre todo en las Universidades y Centros Académicos como saber abstracto y eminentemente teórico, la filosofía sirvió, desde su vertiente práctica, como guía de la conducta del hombre americano proporcionando determinados filosofemas o principios racionales que al conjugarlos con nuestra realidad sirvieron, en primer lugar, para patentizar una situación defectiva que obligaba a efectuar modificaciones en la estructura en vigencia, y en segundo lugar, condujeron a la modificación, reforma o cambio de su situación coyuntural.

académico ha ido adquiriendo una actitud más libre y crítica, ha logrado un cierto estilo de pensamiento y ha llegado a la reflexión actual, que evidencia un cabal conocimiento de las últimas tendencias, sistemas y doctrinas filosóficas. De otro lado, la construcción que denominaremos *ideológica* iría marcando su propia línea de desarrollo, robustecida sobre todo por el marxismo y las preocupaciones por modificar nuestro status político y socio-económico.

La consideración central de esta ponencia postula que todo intento de reflexión acerca de nuestro pasado histórico, con miras a la solución de las problemáticas históricas del presente, obliga al estudio, no sólo de las influencias filosóficas que se han venido sucediendo en el transcurrir histórico de nuestra filosofía, sino también, y esto es fundamental, llegar a un ajustado conocimiento de aquellas influencias filosóficas que no fueron seguidas literalmente, sino que se modificaron con el paso de la propia realidad, pero que al sufrir determinadas transformaciones actuaron sobre nuestra realidad histórica modificándola.

Esta cuestión de la alteralidad de la filosofía "importada", aparentemente sencilla, conlleva de por sí interrogantes de tipo filosófico a los cuales debemos atender a fin de descartar definitivamente el concepto erróneo de que el transcurrir histórico de nuestra filosofía no ha sido otra cosa que una gratuita importación de sistemas filosóficos o de filosofías, sino más bien que a constituido la vía hacia la postulación de una filosofía genuina y original.

En efecto, mirado con atención, este proceso histórico nos permite interrogarnos, en primera instancia, por el aspecto selectivo que se da en la adopción de ciertas filosofías; no es la imposición, el azar o la mera pedantería intelectual lo que prima en la elección, sino una búsqueda de determinado sistema filosófico o filósofo que permita, de un lado, una cabal incorporación al mundo europeo a través del desarrollo histórico de su filosofía, y de otro, la conversión de los principios de ese sistema a la praxis histórica con el objeto de encausarla dentro de moldes de vida occidental.

Vista desde esta perspectiva, la historia de la filosofía en Latinoamérica presenta un cuadro de desenvolvimiento peculiar -de naturaleza

bipolar- que va más allá del modelo dado en determinado tiempo y lugar y ofrece ya una personal manera de aceptación de la filosofía: de un lado el afán del filósofo por conocer y estar al tanto de las doctrinas imperantes en Occidente, que es lo que constituye la vertiente academicista de nuestro filosofar, y de otro, el hacer válidas éstas filosofías en el mundo cultural y en la realidad histórica americana, esfuerzo, este último, a través del cual vemos convertida la filosofía en lo que podríamos llamar ideología.

Es conveniente aquí referirnos al término *ideología*. La ideología no es en sentido estricto ni filosofía ni ciencia. La ideología surge como resultado de *una tensión* entre el mundo teórico y la praxis, y hace asequible socialmente una teoría filosófica, que se convierte en una formulación ideológica sistemática. Y es un hecho que en América y con ocasión de América se han dado ideologías formales, emergidas en aquel momento en que el sistema filosófico imperante, o que se quería hacer válido en la vida política y social, fue puesto en duda y rechazado.

Se podrá argüir que eso no es filosofía; no pensamos así, más bien sostenemos que esa es una forma de hacer filosofía y que la más conveniente manera de estudiar el proceso histórico del filosofar latinoamericano consiste en no atenerse sólo a los textos academicistas y el movimiento filosófico en las universidades y academias, sino estudiar los prolegómenos de esos textos y movimientos filosóficos que conducen a formulaciones ideológicas, de suyo importantes y significativas, que nos permiten atender nuestro proceso histórico cultural; y lo que es más importante aún, constituyen la vía del proceso que conduce a la explicación actual de tendencias, temas y problemáticas, incluyendo las tendencias hacia la creatividad de una original y genuina filosofía latinoamericana.

En el transcurrir de nuestro pensamiento los autores de tales ideologías pueden ser considerados como hombres de sentimientos rudos, ganados emocional e intelectualmente a determinada teoría; aceptamos esta connotación, pero tienen un común denominador: las consagradas opiniones y los principios tradicionales son puestos por ellos en tela de juicio, y buscan, curiosamente sirviéndose de la filosofía, reemplazar el pensamiento tradicional por nuevas formulaciones teóricas que, convenientemente adaptadas a la realidad, refuercen y

sistematicen su intuición primordial, recogida, justamente, de la tensión existente. Así los ideólogos resultan ser el nexo entre determinadas formulaciones teóricas y una sociedad en tensión son los que llevan a cabo la relación entre filosofía y praxis.

Decíamos que en América y con ocasión de América se han dado ideologías. Conviene por lo tanto concretizar esta afirmación. En efecto, en la etapa colonial la filosofía escolástica tiene en la *ideología humanista*, fundamentalmente defensora de la capacidad intelectual del natural americano, una influencia determinante para la conceptualización antropológica del aborígen, que no solamente controló la férrea jerarquización escolástica, sino que la atenuó en lo referente a las relaciones de convivencia entre conquistados y conquistadores. La filosofía de la Ilustración, en abierta oposición a esta filosofía escolástica, genera a su vez la *ideología de la emancipación* que permitió la liberación política del hombre americano. La filosofía romántica y social, convertida en *ideología republicana*, permite no solo la continuidad de nuestra concepción democrática, sino que postula la idea de “soberanía del pueblo”. La filosofía positivista se convierte en *ideología científica y tecnológica*, con miras a obtener orden y progreso en nuestras repúblicas. Por último, la filosofía espiritualista plantea ideológicamente un *neohumanismo*: la formación de un nuevo hombre latinoamericano que bajo el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad quede cabalmente inmerso en la cultura occidental.

Es este el momento en que *el marxismo*, con postulados antitéticos, rechaza la postura elitista de los espiritualistas, pugnando por afectar la síntesis del binomio filosofía-ideología al erigirse en la única filosofía, al mismo tiempo que, sin tener una conciencia muy clara sobre la continuidad de nuestra trayectoria ideológica, pretende consumir el papel histórico que las ideologías precedentes venían cumpliendo.

¿Cual es pues el papel histórico que han cumplido las ideologías hispano-americanas?

La dominación de América por los españoles trajo consigo el fenómeno de transplante de la cultura occidental, que tuvo como transfondo la consternadora realidad de la problemática indígena. La escolástica

no pudo mantenerse inflexible en su cuerpo de doctrina y tuvo que dar cabida al movimiento humanista de la época, que no cerró los ojos ante los acontecimientos americanos. Y es que las tierras recientemente incorporadas a la Corona suscitaron una serie de problemas de profundo contenido, entre los cuales podríamos mencionar: el determinar la naturaleza humana del indígena americano para poderlo aceptar como miembro de la religión cristiana y de la Corona española; el afán de los conquistadores de obtener nombradía e ingentes fortunas en corto tiempo, y por último el hecho de que muchos sacerdotes se vieran envueltos en intereses ajenos a su ministerio.

Estos problemas, unidos a la licencia moral que reinó en los primeros tiempos de la conquista, trajo como consecuencia atropellos e injusticias. No interesa aquí juzgar a los hombres que vivieron esta etapa de fusión de ideas y de cultura; queremos sí indicar que todos estos factores, de sobra conocidos, crearon el ambiente apropiado para la propagación en América de ideas Humanistas y Reformistas.

Era natural que, por ser América una proyección de la cultura española, se sintieran los efectos de la simpatía por las ideas Humanistas; pero lo interesante es que los ideales de la doctrina prendan con mayor fuerza en su aspecto reformador cristiano, debido a necesidades de carácter histórico.

Se trataba fundamentalmente de comprender, a la luz de los conceptos clásicos y tradicionales de la cultura occidental, un modo de vida y de conducta, el de los indios americanos, semejante al del europeo. La polémica que se suscita en torno a esta cuestión es esencialmente antropológica, pues está referida a la racionalidad y aptitud del indígena para asimilarse a la cultura occidental; pero, a nuestro modo de ver, lo importante estriba en el hecho de que la realidad americana obligó a la creación de un planteamiento ideológico que en última instancia permitió que hombres extraños al proceso histórico occidental, que tenían sus propias y peculiares formas de pensamiento, que habían vivido y realizado otra historia, pudieran ser admitidos e introducidos en ella.

Bartolomé de las Casas, tuvo que enfrentarse a los intereses de la Corona y del conquistador. Así, el hombre americano ni sería considerado como siervo por naturaleza ni tampoco sería un hombre enteramente libre. El argumento de la tutela civilizadora y religiosa que logró imponerse encubrió la problemática de la justificación del dominio de España en América y el trato igualitario que la ley llegó a otorgar al súbdito americano.

Tradición filosófica de un lado, praxis tangible del otro. Podríamos afirmar que la tradición filosófica española, frente a la realidad americana y dentro del contexto de la transculturación, fracasó y tuvo que crear y dar origen a una ideología que sirvió para justificar el dominio y tutela del aborígen. Y esto fue así porque el modelo, el molde, que teóricamente existía como concepción filosófica, fue imposible de aplicar sin los respectivos reajustes que le imponía la realidad. Todo esto fue posible por la ideología política que a su vez la Corona española llegó a elaborar -basada en dos títulos: la libre peregrinación por todas partes del mundo y la libre propagación de la fe- y que persiguió fundamentalmente extender sus dominios en América, al tiempo que mantenía como súbditos de la Corona, tanto a los españoles emigrados a América como a los nuevos vasallos de ultramar.

Así, pues, la crítica respecto al dominio de Indias, su justificación, así como el debate en torno a la naturaleza del natural americano, constituyen el punto de partida de la actitud ideológica, más que estrictamente filosófica, que con el transplante de la cultura occidental se inicia y se proyecta en la historia de nuestro pensamiento.

El cuerpo de doctrina de base humanista que utilizó España en América frente a las urgencias prácticas de dominación política, económica y religiosa, subsistió a lo largo del sistema colonial hasta mediados del siglo XVIII, en que se inicia el proceso ideológico que condujo a la emancipación americana.

El proceso ideológico que condujo a la emancipación es una consecuencia de la Filosofía de la Ilustración. La teoría filosófica en que se sustentaba el movimiento ilustrado consistía en pensar que el hombre había desarrollado formas primitivas de actividad mental, condenadas a ser reemplazadas por la razón. La actitud filosófica o racional es la

que debía primar en la vida del hombre y la que se debía aplicar a todas las órdenes del conocimiento humano. Aceptado este principio, se examina la historia humana desde la perspectiva de la razón y se la encuentra irracional; se examina el presente y se lo encuentra igualmente irracional.

Pero si bien era cierto que el hombre había venido actuando ciega e irracionalmente, no por eso dejaba de ser capaz de convertirse en algo racional. Si su pasado demostraba que un juego de fuerzas irracionales lo habían conducido, podía mirar con optimismo hacia adelante: los esfuerzos del presente lo conducirían a realizar una edad de oro donde se vería actuar solamente a la razón.

La felicidad unida a la prosperidad sería común a la humanidad; pero antes era necesario reconstruir todo a la luz de la razón: los filósofos descubrirían el plan de la naturaleza, instituirían una nueva política que transformaría a los súbditos y esclavos en ciudadanos, un nuevo derecho que permitiría acabar con las injusticias, una nueva religión más natural y auténtica, y un nuevo orden social donde reinaría la libertad y la prosperidad.

Esta filosofía desarrolló una forma de pensamiento que alcanzó a la multitud europea y americana. Nuestra ideología ilustrada constituye un tema sugerente de estudio, rico en matices regionales, que se desarrolló en un largo proceso que abarcó la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX. Lo evidente es que el pensamiento ilustrado es la base que sustenta y alienta a nuestros ideólogos en su afán de cambio, de reforma y de revolución.

El progreso científico y las reformas de los estudios inician el proceso ideológico. Todas las ramas del conocimiento son abordados desde la nueva perspectiva del siglo. España, que a diferencia de los países protestantes ha vivido rezagada en lo que respecta a la ciencia, proyecta y alienta los estudios científicos también en sus colonias, donde adquieren luego un carácter particular, referido fundamentalmente al conocimiento de nuestra naturaleza, nuestra geografía y nuestra historia. Paralelamente se inicia una reforma en los estudios, en abierta lucha contra el sistema escolástico, y con un interés muy particular en la divulgación de los temas científicos que tiene como propósito intrínseco mostrar el atraso en que nos encontrábamos.

Efectivamente, el análisis de la realidad americana, enmarcado ya en las ideas del siglo ilustrado, evidencia un conjunto problemático originado por el sistema colonial impuesto desde la Metrópoli.

En lo que atañe al sistema político establecido por España, el régimen absolutista será examinado y puesto en cuestión. Las circunstancias históricas que vive la Metrópoli (invasión napoleónica) contribuirán a dar consistencia a los reclamos y a los primeros brotes de rebelión, ejercitándose por primera vez el pensamiento político americano tanto en las luchas que comienzan a librarse como en las contiendas ideológicas.

Como consecuencia de las luchas contra los distintos centros de poder político, el pensamiento jurídico cobrará bríos. Se examinará el estado de justicia en los distintos virreinos, se acusará y se pedirán urgentes reformas.

La religión no podrá escapar en el cuadro del cambio total que se formula. La reforma en materia religiosa, a diferencia de lo que sucede en Europa, tiene el sello distintivo de un cristianismo acentuado, pero estará dirigida al clero y a la necesidad de que una sus esfuerzos para la realización de los propósitos ilustrados.

La situación social y económica será igualmente analizada, criticada y puesta en evidencia como una de las problemáticas que exigen, por el estado de crisis en que se encuentran, una solución inmediata.

El examen de las problemáticas política, jurídica, religiosa, social y económica revelará a nuestros sociólogos la necesidad de cambio. Formularán así sus planes de reforma de la estructura colonial apoyados en la razón y la justicia, e irán al mismo tiempo ejercitándose para lograr los fines y propósitos que se han propuesto aún a costa de su sangre y de sus vidas.

Pero si bien es cierto que el esfuerzo del ilustrado estuvo dirigido, en su fase inicial, al análisis de la realidad nacional a la luz de las nuevas ideas, el análisis condujo a un cuerpo de doctrina con similares formulaciones teóricas a lo largo de los dominios españoles, que llegó a constituirse en *Ideología de la Emancipación*<sup>1</sup>.

Las formulaciones teóricas actúan sobre el medio, van creando un

ambiente ilustrado, y ejercen también su influencia en la sociedad, la conmueven y agitan en forma inusitada. En verdad el espíritu del siglo actúa sobre la multitud y la prepara para proceder contra las autoridades, crea en ellas una conciencia de rebelión que dió fuerza y exigencia de realización a las postulaciones teóricas.

Los inicios de 1822 plantean problemas que deben ser urgentemente resueltos: la forma de gobierno más conveniente en América, la organización política de las nacientes naciones, la colaboración entre los ejércitos de San Martín y Bolívar para la expulsión definitiva de los españoles del suelo americano, y la necesidad de la confederación americana.

Ante estas problemáticas se abre una nueva etapa ideológica, que se extiende hasta aproximadamente 1870, y que se inspira en el romanticismo social. Las doctrinas filosóficas que se adoptan en este período: la Ideología de Destutt de Tracy, la doctrina de la escuela escocesa del *common sense*, incluso el espiritualismo ecléctico francés y el Krausismo, nutren al mismo tiempo el pensamiento político-social de la época, que se caracteriza por las luchas entre conservadores y liberales.

El grupo fidelista o realista de la etapa anterior se constituye en el grupo conservador, defensor del sistema monárquico moderado. El grupo liberal separatista se constituye en el defensor del sistema republicano y, posteriormente, en el abanderado de la idea de 'soberanía del pueblo'.

Si bien es cierto que el grupo liberal logró que se adoptase y luego se mantuviese el sistema republicano, así como también logró la libertad de los esclavos negros; el grupo conservador, respaldando a los sistemas autoritarios, consiguió mantener muchos de los privilegios de que había gozado en la colonia. Estuvo siempre atento a los peligros que implicaba una plena democracia, deteniendo por eso sus avances a través del caudillaje militar y las dictaduras.

En lo que concierne a la confederación, es necesario reconocer que las repúblicas americanas son hijas nacidas en la etapa efímera de la confederación. El ideal de ambos libertadores de formar una federación americana fracasó por las resistencias nacionalistas y el temor de que la federación pudiera someter a una suerte de colonialismo a las nacientes repúblicas americanas, pero en verdad no llegó a constituir-

se en un verdadero pacto de las repúblicas americanas, no se le dió oportunidad de crecer y mostrar su trascendental importancia<sup>2</sup>.

Al romanticismo ha de sucederle la ideología positivista. Como en la etapa anterior, las influencias filosóficas predominantes: la filosofía positiva, el evolucionismo y el materialismo, dan fundamento al credo ideológico de finales de siglo y primeros años del presente.

El contenido doctrinario del positivismo atrae especialmente por su naturaleza científica y tecnológica. Las explicaciones evolucionistas modifican substancialmente las áreas de conocimiento y cultura; y el materialismo hace sentir su influencia sobre todo en los círculos intelectuales.

La divisa de 'orden y progreso' es aprovechada, sobre todo en el campo de la política, para respaldar regímenes dictatoriales. La clase dirigente, a través de los gobiernos de turno, auspició préstamos y convenios con potencias extranjeras para la explotación de nuestros recursos naturales, con lo cual se consolidó el capital extranjero en nuestros países e ingresamos al neo-colonialismo económico.

Robustecidos con esta mecánica, y ya con pleno acceso al poder, los grupos conservadores, tradicionalmente ligados a las corrientes metafísicas de la fe cristiana, consideraron un peligro estas influencias decididamente 'materialistas' y aun irreligiosas y buscaron en la filosofía europea tendencias que detuvieran el proceso ideológico. A su vez, el grupo de pensadores positivistas, en un fenómeno interesante de autocritica y evaluación de los resultados de estas influencias filosóficas, reconocieron el fracaso, en la praxis, de sus teorías, y buscaron igualmente la adopción de filosofías que les permitieran sustituir la doctrina que venían propagando.

Desde la perspectiva del desarrollo ideológico que procuramos presentar, indudablemente, las etapas Ilustrada, Romántica y Positivista están relacionados con los problemas coyunturales de la realidad histórica hispano-americana y representan, en su síntesis, un proceso de luchas entre las fuerzas conservadoras, continuadoras ideológicamente de formas de pensamiento estáticas, amparadas en principios absolutos y autoritarios, y las tendencias liberales defensoras de la movilización social, del sistema democrático, y que actúan bajo los ideales de justicia, igualdad y libertad.

Ante esta realidad se produce un fenómeno específicamente americano: unos cuantos hombres intentan repentinamente pensar filosóficamente, separándose de la tradición cultural que venía desenvolviéndose. Son los llamados fundadores de la filosofía latinoamericana. Su papel histórico consistió en difundir la filosofía desde fines del siglo pasado y principios del presente. Ven a la filosofía como un *non plus ultra* y difunden el pensamiento de los grandes maestros de la filosofía occidental (Bergson, Croce, Nietzsche, los neokantianos, la historia de la cultura, Eucken y Simmel).

En este quehacer experimental, la vivencia del *desenfoque* de nuestro estado cultural la atribuyen a dos limitaciones básicas: falta de perspectiva histórica y de formación humanística. Lo cual conduce a considerar que para una cabal comprensión de su contemporáneo europeo, les es indispensable instalarse con plenitud en la corriente histórica occidental y recuperar las formas educacionales humanísticas abandonadas al producirse la ruptura con España. Procuran así crear las bases culturales y el instrumento intelectual adecuado para la formación de un hombre nuevo americano que, bajo el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad, quedase cabalmente inmerso en el torrente de la cultura occidental. Por las décadas del 50 al 60, el movimiento iniciado por los fundadores ha modelado el carácter de la filosofía latinoamericana como un quehacer que aspira a pensar por sí mismo los grandes temas del filosofar occidental hasta alcanzar la creatividad.

La exigencia de creatividad, instaurada en la etapa espiritualista, también se hace sentir en un grupo de filósofos que, a través de estudios de nuestra historia de la filosofía y las ideas, van asumiendo con rigor filosófico y crítico nuestra línea de reflexión 'ideológica'. Desde la década del 40 insisten en hablar del nacimiento y desarrollo de la filosofía americana. No se trata, para ellos, sólo de reconocer el hecho de que en América se ha cultivado la filosofía, sino de algo más significativo: crear una auténtica y original reflexión filosófica desde la circunstancia histórica y geográfica que es América.

El planteamiento de este proyecto se convirtió, a su vez, en tema de reflexión filosófica. Para Augusto Salazar Bondy: "nuestra filosofía, con sus peculiaridades propias, no ha sido un pasatiempo genuino y

original, sino inauténtico e imitativo en lo fundamental... La constitución de un pensamiento genuino y original y su normal desenvolvimiento no podrán alcanzarse sin que se produzca una decisiva transformación de nuestra sociedad mediante la cancelación del subdesarrollo y la dominación” (Cf. Augusto Salazar Bondy: *La Filosofía en el Perú*, p.131).

Si bien es cierto que Salazar señala el carácter reflejo y ancilar, al mismo tiempo que la falta de originalidad de nuestra filosofía, observa, por otro lado, que nuestra filosofía no ha sido entendida nunca como “un producto puro del intelecto separado de la existencia social” (Cf. Augusto Salazar Bondy: *Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo*, Tomo II, p. 455), que nuestros pensadores han visto en ella un camino que lleva de la meditación a la acción, que siempre han alentado “el ideal de un pensamiento ligado a nuestra realidad y enlazado con el proyecto de fundar una cultura capaz de expresar los valores y las aspiraciones del hombre de esta parte del mundo” (p. 456).

Esta postura filosófica, surgida del trato con las fuentes para el estudio de nuestras ideas, entiende que “el pensamiento filosófico, hasta donde lo permitan las energías humanas que es capaz de potenciar, debe ser instrumento de crítica radical a fin de lograr por el análisis y la iluminación racional una conciencia plenamente realista de nuestra situación” ( p. 188).

Quedaba así concebida para Salazar Bondy la necesidad de una filosofía estricta, nutrida en su esencia y sus fines por la vida y la historia de nuestros pueblos, lo que significa para nosotros simplemente la asunción por parte del filósofo del esfuerzo ideológico, con lo cual no hace otra cosa que unir nuestras tradiciones y bipolares vertientes reflexivas: filosofía e ideología.

Para Leopoldo Zea, en *La filosofía americana como filosofía sin más*: “... a la pregunta sobre la posibilidad de una filosofía de nuestra América, sólo cabe una respuesta: no sólo es posible, lo ha sido o lo es, independientemente de la forma que la misma haya tomado, independientemente de su autenticidad o inautenticidad. En esta filosofía que ha sido posible realizar está la base de lo que se quiere seguir realizando” (pp. 157-158).

Observa Zea que “se perfila una nueva actitud filosófica, preocupada más por la acción eficaz que por la teoría. Una teoría que muestra las posibilidades de esta acción y de su no menos posible eficacia” (p. 159). “Una nueva actitud que cumplirá también su función, como la que le antecedió cumplió la suya. No ya sólo una filosofía de nuestra América y para nuestra América, sino filosofía sin más, del hombre y para el hombre, en donde quiera que éste se encuentre” (p. 160).

Se trata de dos perspectivas sobre nuestra filosofía. Para la primera, nuestra filosofía ha sido y es inauténtica e imitativa, aún cuando reconoce que no ha estado separada de la existencia social; para la segunda, sin cuidarse de su autenticidad o inautenticidad, nuestra filosofía tiene ya sus realizaciones y constituyen las bases del futuro quehacer filosófico, caracterizado más por la acción eficaz que la filosofía ha producido en nuestro transcurrir histórico que por la actitud teórica y especulativa; con lo cual Zea, en forma más decidida y segura, se entronca en nuestro proceso ideológico.

El último planteamiento del filósofo mexicano nos conduce, a través de su reflexión, a una clara y definida toma de conciencia de nuestro ‘ser histórico dependiente’, viendo la superación del sentido dependiente de este ser histórico en la realización de los postulados de libertad e igualdad.

“Será así -dice-, en función con éstos los proyectos libertarios e igualitarios, que tome sentido la filosofía de la historia de la América Latina, que, también lo será de la historia del resto del mundo sometido a la dependencia europea u occidental. Filosofía de la historia que se inicia como toma de conciencia de la dependencia y de la necesidad de liberación de los pueblos que la sufran... Se parte de la idea de una sociedad que ha de reconocer el derecho de todas las razas, religiones, nacionalidades y culturas a la más auténtica libertad. Por ello, el ideal igualitario será también reclamado una y otra vez, a lo largo de esta historia. Ayer frente a España y frente a Europa, y ahora frente a los Estados Unidos. Filosofía de la historia latinoamericana como filosofía de la lucha por la libertad” (*Filosofía de la Historia Americana*, pp. 42-43).

máticas surgidas en nuestro proceso histórico y el papel histórico que han venido desempeñando las ideologías, sino hacer evidente la intervención de la reflexión filosófica en el desenvolvimiento de nuestra historia, constituyéndose así la filosofía en fundamento y guía de nuestra cultura. □

## Notas

1. Esta ideología de la Emancipación estaba destinada especialmente a los criollos, como lo evidencia "la Carta dirigida a los españoles americanos" que escribe en 1792 el jesuita expulsado Juan Pablo Vizcardo y Guzmán. Aparte del contenido separatista y de los conceptos filosóficos propios de la ilustración usados por Vizcardo, es importante relieves aquí que el autor se remonta a la génesis misma de la problemática separatista. Los primeros conquistadores, al implementarse el régimen virreinal, se consideraron injustamente atropellados por la corona española, y es, pues, un criollo, descendiente de conquistadores, el que después de tres siglos de paciente espera habla por sus antepasados y reclama para los criollos la dirección de los asuntos político-económicos de las tierras que conquistaron sus progenitores. Reitera en dicha carta, una vez más, que "bajo cualquier aspecto que sea mirada nuestra dependencia de España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla. Debemos hacerlo por gratitud a nuestros mayores que nos prodigaron su sangre y sus sudores, para que el teatro de su gloria o de sus trabajos se convirtiese en el de nuestra miserable esclavitud. Debémoslo a nosotros mismos por la obligación indispensable de conservar los derechos naturales, recibidos de nuestro Creador, derechos preciosos que no somos dueños de enajenar, y que no pueden sernos quitados sin injusticia. ¿Bajo cualquier pretexto el hombre puede renunciar a su razón o puede ésta serle arrancada por fuerza? La libertad personal no le pertenece menos esencialmente que la razón. El libre uso de estos derechos, es la herencia inestimable que debemos dejar a nuestra posteridad". Juan Pablo Vizcardo y Guzmán "Carta dirigida a los españoles americanos", en: Rubén Vargas Ugarte, La carta a los españoles americanos, 2a. Ed. Lima, Ed. Librería e Imprenta Gil, S.A., 1964, p. 157.

2. Cuando en 1862 se cuestionaba en México la instauración de la monarquía, Francisco Bilbao (Chile 1823 - Buenos Aires 1865) escribe América en peligro, donde propone un movimiento general americano de ayuda a los mexicanos. Las ideas básicas que expresa son una vuelta al ideal de la Confederación Americana, y nos acercan por sí solas al credo republicano de esos días: "La asociación de la ley es la forma necesaria de la personalidad en sus relaciones. En paz o en guerra, para domar la materia o los tiranos, para gozar la justicia, para acrecentar nuestro ser, para perfeccionarnos, la asociación es necesaria. Aislarse es disminuirse. Crecer es asociarse. Nada tenemos que temer de la unión y sí mucho que esperar. ¿Cuáles son las dificultades? Creo que tan solo el trabajo de propagar la idea. ¿Qué nación o qué gobierno se opondrían? ¿Qué razón podrían alegar? ¿La independencia de las nacionalidades? Al contrario, la confederación la consolida y desarrolla, porque desde el momento que existiese la representación legal de la América (...) las reformas se facilitarían, la emulación del bien impulsaría, y la conciencia de la fuerza total de la gran confederación fortificaría la personalidad en todos los ámbitos de América". Francisco Bilbao, Prefacio a los Evangélicos, Obras Completas, Santiago, Imprenta del Correo, 1898, Tomo II, p. 108.

Su programa de acción establece: 1º) Trabajar por la unificación del sentimiento americano y por la conservación y subsistencia de las ideas republicanas en América y, 2º) "Promover y activar las relaciones de amistad entre todos los hombres pensadores y libres de la América republicana, a fin de popularizar el pensamiento de la unión americana y de acelerar su realización por medio de un Congreso de Plenipotenciarios" (p. 111).

## FILOSOFIA E IDEOLOGIA

*La instauración de una monarquía en México significa para Bilbao un peligro para América. Considera por último que defender las repúblicas es seguir permaneciendo fieles a la idea que nos emancipó, por eso dice: "Y sin embargo, sea instinto, sea heroísmo, esos pueblos en su inexperiencia, han despreciado el brillo de la servidumbre y la pompa de los poderes despóticos, por seguir el ideal que habían entrevisto a través de la tempestad de nuestras guerras de la independencia. Hemos permanecido fieles a la idea que nos emancipó y no tenemos otra tradición. A pesar de los obstáculos que se nos han erigido por todas partes, a pesar de las desgracias sin nombre que nos han acometido, hemos guardado sana y salva la idea de la República, que es el fundamento de nuestra existencia.*

*Es por eso que el mundo americano del sur, presenta a su turno un ejemplo al viejo mundo. Y qué ejemplo: Todo un continente que pretende salvarse por medio de su propia conciencia, que resiste a todos los acontecimientos, que no repudió jamás el dogma fundamental de la dignidad humana ni ha hecho una mercancía de su razón y de su soberanía y que ha tenido siempre confianza en la eternidad de la justicia". 'La Resurrección del Evangelio', op. cit., Tomo III, pp. 296-297.*